

andrea burg

**la mujer en el
antiguo reinado
de mithila
(india)**

Partiendo de Nueva Dehli, llegamos, después de horas de camión y de caminatas, a Darbhanga y Madhubani, pueblos agrícolas en medio del antiguo reinado de Mithila, que a través de los tiempos se distinguió por su gusto refinado por las artes y su disgusto por las conquistas guerreras.

DONDE LA SOLEDAD NO EXISTE

Cuatro casas de adobe enmarcan un amplio patio, cuatro casas, cuatro familias... cincuenta personas: el clan; las abuelas, los primos, los tíos, los hermanos, forman la gran familia, que vive íntimamente una sola vida. En la misma casta todos son hermanos y hermanas; por lo tanto, la soledad no existe, como tampoco la indiscreción. Todo lo que afecta la vida de uno afecta a los demás. Es impensable el secreto, tampoco en cuestiones de dinero.

“Todas las casas son tu casa y puedes entrar o salir de ellas cuando quieras” comenta Indra.

—¿Pero no necesitas, por lo menos de vez en cuando, sentirte solo? pregunto a Yves que ya está aceptado en la casta de los brahmanes del pueblo.

—Si quieres vivir solo, te haces ermitaño en la montaña,

“my dear”. Debes abandonar tu mentalidad occidental si quieres entender a la gente de aquí.

—De acuerdo, pero si de casualidad quieres estar un rato solo, tú que eres parisino, ¿cómo haces?

—Encontré una solución: digo que voy a rezar y aquí nadie interrumpe una meditación, que es un derecho sagrado.

Mientras platicamos, Sita Devi (devi quiere decir diosa) sale de un cuarto con un paquete de mantas entre los brazos. Con mucho cuidado extiende un pequeño petate sobre el suelo de tierra cuidadosamente barrido, abre con lentitud las mantas y expone al sol a su recién nacido. Sita corta una hoja y así le protege la cabeza. Envuelta en su sahri (10 metros de tela) de sencillo algodón teñido de rojo vivo, se arrodilla cerca del niño; mancha de color contra el blanco de las paredes. Detrás de ella, frente a un altar, está plantado un arbolito. Es el árbol de la familia, de la vida, el Tulsi. A su lado un alto palo de bambú (símbolo de la victoria que ganó Rama sobre el demonio Ravana quien había raptado a la princesa Sita), está adornado con una corona de hojas de mango y un pequeño banderín, signo distintivo de cada casta. Temprano por la mañana una mujer del clan, antes de empezar cualquiera otra actividad,

deposita como ofrenda sobre el altar algunos granos de arroz y los pétalos de un clavel amarillo, el clavel de la India (conocido en México con el nombre de cempasúchil), prende un palito de incienso y riega el árbol que nunca debe morir.

El sol está alto en el cielo. Estamos en la época de la recolecta de la lenteja (el dal), que con el trigo forma la base de la comida diaria. Varias mujeres envueltas en sus sahris de trabajo se han ido al campo. Es una tarea sólo de las mujeres. Al final del día ellas atraviesan el pueblo con los enormes bultos de la planta de lentejas en equilibrio sobre sus cabezas. En el mes de abril los campos serán arados por los hombres. Cuando el arroz o el trigo está maduro, son otra vez las mujeres, sentadas sobre sus talones y la hoz en la mano, quienes empiezan la cosecha con infinita paciencia.

HABER VIVIDO CIEN VIDAS:

El hindú está seguro de haber vivido ya cien vidas y de que le quedan por vivir otras tantas más, antes de llegar a su liberación. En el antiguo reinado de Mithila a nadie le preocupa el curso de la historia ni la conservación de las cosas. El futuro lejano no existe, la vida es tranquila y calmada. No se tiene que ir a ninguna parte y no hay nunca ninguna prisa.

La mujer se dedica a sus tareas y cuando acaba se sienta a pintar. He visto a Chima, Jagdamba, Devi Godavari, al igual



que sus hermanas, moler el trigo para preparar el chapati (harina de trigo y agua) y las especias para las salsas de curry. Nunca hemos comido con los hombres, ya que los maridos comen solos, o con sus hijos, antes que las mujeres. Esto no es un hecho muy importante puesto que la comida diaria aquí se despacha rápidamente.

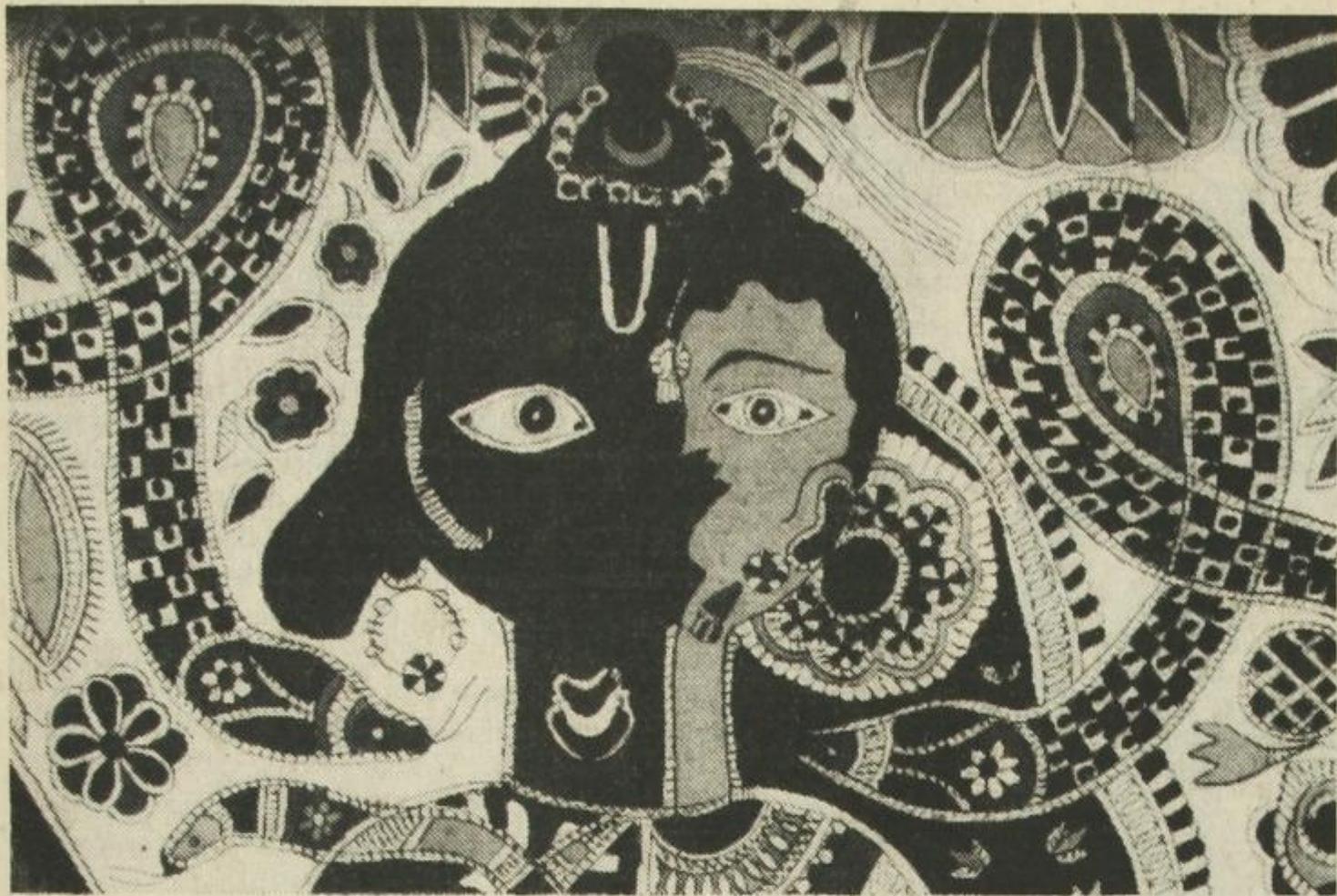
El curry (hecho de cuarenta especias diferentes) se come sólo los días de fiesta, aclara Parvati, quien nos enseñó a comer sólo con la mano derecha porque la izquierda es impura; sirve para limpiarse y hacer el amor.

Cada mañana acompañé a mis amigas a buscar el agua hasta el pozo. Ello constituía un agradable paseo, una diversión. Después se iban al campo a recoger los excrementos de vaca y pegarlos contra los muros de las casas para que se secan (como también se hace en Nepal y en Africa). Una familia se siente más rica cuanto más alta es su reserva de excremento seco, ya que mezclado con paja es el único combustible de que se dispone.

¿CUAL ES EXACTAMENTE EL PAPEL DE LA MUJER EN ESTA SOCIEDAD?

Trabaja y mucho, trabaja más que los hombres, pero también pasa horas rizándose el cabello o pintándose las manos y la cara. Las joyas son la riqueza de la familia y las mujeres llevan un rubí en la nariz, de dos a cuatro anillos en la misma mano, tres y cuatro aretes encimados en el lóbulo de la misma oreja, así como varios brazaletes alrededor de las muñecas y de los tobillos. Se adornan con joyas que pueden ser valiosas o no, y con flores; lo que cuenta es el tiempo de adornarse, no el adorno en sí, el tiempo de pintarse sabiamente ojos, labios y frente, porque este tiempo es tiempo de calma, de serenidad. Anmana Devi, todas las mañanas, delineaba sus ojos con mucha destreza. Al revés de nosotros que delineamos el párpado superior, ella traza una línea negra sólo sobre el párpado inferior. Esta línea atraviesa la sien y llega hasta la raíz del pelo. Para completar su arreglo, con mano segura, cubre de pintura roja la línea que separa en dos su hermosa cabellera negra.

Según la casta a la cual pertenece una niña, sus padres la pueden casar más o menos pronto. Entre los brahmanes se casa a los ocho años; algunas veces más temprano, algunas veces antes de nacer, cuando los padres hicieron apuestas sobre el futuro sexo de los niños. Aquí en Mithila son siempre los padres de las niñas, los que tienen que dar la dote. Los padres ofrecen a los futuros suegros algunas joyas de plata, utensilios de cocina, un cebú y, algunas veces, si la niña por su casamiento va a subir de rango social, se regala... una bicicleta.



Ser casada no quiere decir vivir con su esposo. La niña se reunirá con su marido sólo después de la pubertad y hasta más tarde, si el horóscopo es desfavorable. La mujer abandona a sus padres para ir a vivir en la casa de su marido donde "la suegra manda". Es la costumbre y nadie la discute. La madre es la piedra fundamental de todo el edificio familiar. "Un hombre es realmente adulto el día en que muere su madre", es un dicho en la India.

UN ARTE DE MUJERES HECHO SOLO PARA MUJERES:

En un país donde el tiempo no cuenta, donde la frase "tengo que ir a... tengo que hacer... tengo que...", no existe, las mujeres se dedican al arte de la decoración. La hija menor de la familia dibuja todas las mañanas con esmero, sobre el piso del patio cuidadosamente barrido, un inmenso círculo decorado con los elementos del horóscopo. El trabajo puede tomarle hasta dos horas. El dibujo se vuelve mucho más importante y complicado cuando se trata de un día especial: la primera vez que la madre corta las uñas del recién nacido, cuando el marido sale o regresa de viaje, o el día de siembra de la lenteja o del arroz.

Dentro de un mes la prima de Sunila se va a casar. Sunila es la artista más dotada del pueblo. Sus tíos vinieron a pedir su

colaboración. Es un honor para ella haber sido escogida para decorar los muros del futuro cuarto nupcial. Sunila no lo hace como un trabajo, tampoco como una diversión. Sunila pinta los muros con fervor, como otros rezan..., como se lo enseñaron a hacer su madre y su abuela.

En la tierra de Mithila nunca se hizo una obra de arte por la gloria que ello significa, ni mucho menos para la posteridad. Se sabe que los frescos de los muros poco a poco irán desapareciendo, con la lluvia o el tiempo. Las pinturas sobre papeles están hechas con el mismo espíritu. Los papeles decorados sirven como envolturas para regalos, muchas veces muy humildes regalos. No son cuadros que se enmarcan, que se venden, con los cuales se gana fama o dinero. Son un gesto gratuito por excelencia. Las pinturas de las mujeres de Mithila son sin duda obras que los artistas actuales llamarían "arte efímero".

En la tarde, frente a su casa, la madre extiende ante ella unas hojas de papel sobre su estera. Sentada en cuclillas empieza a dibujar. Un hilo de su sahari, mojado con tinta negra, le sirve para trazar sin el menor titubeo, sin el menor temblor, una historia de dioses. El dibujo se desarrolla poco a poco como una larga plegaria.



A su lado, una de sus hijas abre los paquetitos de papel que contienen los polvos de color. Cada color se vacía en un pequeño tazón. Cuidadosamente empieza a mezclarlos con leche de cabra, orina de vaca o jugo de hojas de frijoles.

El amarillo está hecho de polvo de sándalo o de polen de clavetes; el negro del ollín de las lámparas de petróleo; el rojo vivo del colcótar, una tierra argilosa; el rojo carmín de la madera de sándalo; el azul de la sabia de la planta indigo. El verde y el naranja se obtienen de las mezclas de amarillo con azul o con rojo.

Una vez acabado el dibujo se llena de colores. Un palito de bambú con algo de algodón silvestre, amarrado a un extremo, sirve de pincel. Suchari empieza a extender los colores siguiendo la misma técnica empleada para decorar los papeles de amate en México. El resultado no será la historia de un pájaro o la vida de un pueblo; será un episodio de la mitología hindú, o también un dibujo que servirá de petición de mano de alguna niña del pueblo.

¿Cómo es que no desapareció esta artesanía exclusivamente femenina en el país de Mithila? Sobre todo gracias a un hombre.

Las guerras contra los japoneses y contra los alemanes, en las cuales participaron los hindúes, la lucha por la independencia y una tremenda y larga sequía casi habían acabado con el arte maithil por falta de papel y de colores, cuando en 1970, Upendra Maharati, hombre culto y sensible, fue nombrado responsable de la artesanía de su país. Maharati se interesó por esta región de la India, y tuvo la idea de mandar hojas de papel y colores a los pueblos del Bihar, como en México se mandaron tablas de triplay a los huicholes.

Hoy en día, en una galería de arte de Nueva Dehli se puede comprar parte de la producción de las mujeres de Mithila. Algunas de estas obras de arte llegaron a Europa e incluso a América. Se encuentran coleccionistas que aprecian una hasta ahora poco conocida forma de arte popular, exclusivamente femenina. Un principio de popularidad que traerá sin duda algún dinero para combatir la pobreza, pero esperamos que no destruya la secular armonía y la serenidad de este rincón perdido en el Noroeste de la India

